

ESTUDIO DE LOS CRITERIOS DE ACOPIO, CLASIFICACIÓN Y CATALOGACIÓN DE LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS DEL MUSEO DE AMÉRICA DE MADRID

FÉLIX JIMÉNEZ VILLALBA
Subdirector
Museo de América, Madrid

INTRODUCCIÓN

Las colecciones arqueológicas que hoy se encuentran en el Museo de América de Madrid, son el resultado de varios siglos de trabajos y vicisitudes, que abarcan tanto la época colonial como la posterior a su independencia. A lo largo de esta exposición trataremos de hacer un análisis de cuáles han sido los condicionantes históricos y culturales, científicos y políticos que, a lo largo del tiempo, han ido configurando estos materiales. Abarcan todas las áreas geográficas y las culturas americanas más importantes, proporcionando un panorama de sus aspectos más significativos. Lógicamente no todas están representadas de igual forma y, en muchos casos, la desigualdad resulta notoria. Estos problemas de desequilibrio, que se han intentado solucionar en los últimos años, se han debido a diferencias históricas en los criterios de acopio, clasificación y catalogación de las colecciones.

Aunque en Europa los materiales arqueológicos americanos han sido separados tradicionalmente de los del "viejo mundo", y de hecho no suelen encontrarse en Museos Arqueológicos o de Bellas Artes, sino en los Antropológicos o Etnológicos, sin embargo, el tratamiento que han recibido desde el punto de vista teórico ha sido muy similar. Los investigadores que nos hacemos cargo de estos materiales solemos considerar que, con los objetos a nuestro alcance, es posible proporcionar a los visitantes una imagen completa y objetiva de las culturas que intentamos mostrar. Naturalmente, un planteamiento así evita muchos problemas y se ajusta a las exigencias tradicionalmente aceptadas por la comunidad científica internacional, pero en muchos casos nos vemos obligados a establecer una serie de "objetivos culturales" muy difíciles de alcanzar desde esas premisas.

Nosotros no somos responsables de que algo tan complejo como la totalidad de una cultura sea difícil de transmitir a través de las colecciones con que contamos, aunque sí tenemos parte en lo referente a la elaboración de los guiones o argumentos de las exposiciones. Normalmente procedemos a confeccionar un relato que contiene los rasgos más importantes de una cultura determinada y, luego, valiéndonos de las piezas y reforzando la exposición con materiales de apoyo como fotos, textos y maquetas, tratamos de paliar nuestras deficiencias. El resultado varía mucho según los materiales disponibles y la inspiración de quien lo elabora, pero de todas formas no deja de ser una construcción bastante arbitraria y artificial.

En España, y concretamente en lo que respecta a los materiales arqueológicos del Museo de América, nos encontramos ante un problema muy similar. Las colecciones que tenemos en nuestro poder han sido recogidas por todo tipo de personas y a lo largo de varios siglos. En muchos casos ni siquiera nos encontramos en condiciones de reproducir el proceso de cómo han llegado hasta nosotros y, además, el que gran parte de estos materiales provengan de excavaciones ilegales o irregulares (huaqueo, etc.), y el hecho de que su procedencia abarque épocas muy diferentes, imprime a estas colecciones una gran variedad. Esta profundidad en el tiempo afecta no sólo a los criterios utilizados para su recogida, sino que también está configurando los relacionados con su estudio, clasificación y catalogación. Si unimos a este panorama los puntos de vista que en cada época han determinado qué materiales se exponían al público y con qué criterios, nos encontraremos en condiciones de establecer cuál ha sido la visión de las culturas americanas en España durante todo ese tiempo.

Tratando de organizar todo lo expuesto hasta ahora, podríamos decir que en el estudio de los criterios de acopio, clasificación y catalogación de los materiales arqueológicos, se encuentra la clave para comprender cómo se ha definido la imagen de las culturas americanas a lo largo de la historia del coleccionismo español y, por tanto, cómo se han configurado nuestras colecciones.

Respecto a las variables implicadas en el proceso de recogida, clasificación y catalogación podemos establecer las siguientes premisas:

a) Los criterios para la selección de los materiales y su recogida, han estado sujetos a la concepción europea de las culturas americanas, por un lado, y por otro, han dependido de los planteamientos científicos de cada época. Lógicamente, tanto unos como otros se han visto modificados sustancialmente a lo largo de nuestra historia moderna y contemporánea.

b) En lo relativo a la clasificación y catalogación nos encontramos ante un fenómeno muy similar. Una vez en España, los materiales americanos eran sometidos a un estudio taxonómico pormenorizado a partir de las con-

cepciones científicas de cada momento. El resultado nos muestra un sistema jerarquizado de materiales en el que además de que a unos se les otorga más importancia que a otros, parte se ven relegados a lo más recóndito de los almacenes, precisamente por esa valoración.

Si definimos el coleccionismo americano en España, como la recogida de materiales pertenecientes a culturas distintas a la del observador, de acuerdo con su propia visión del mundo, podemos afirmar que este coleccionismo responde a la necesidad humana de definir y comprender esas culturas a través de unas taxonomías que suelen acomodarse a las exigencias históricas, culturales y científicas de cada época.

En un trabajo tan breve como éste, no es posible profundizar todo lo necesario en cuestiones de tanta importancia y complejidad, por lo que intentaremos establecer, a partir de los documentos e informaciones de que disponemos en la actualidad, cuáles han sido los criterios que han ido configurando las colecciones arqueológicas del Museo de América.

2. LOS PRECURSORES DEL COLECCIONISMO AMERICANO

El descubrimiento de América y la llegada de los españoles, fue el comienzo de una etapa difícil que puso en relación dos formas distintas de concebir el mundo. El esfuerzo de soldados, clérigos y funcionarios por conocer la sociedad indígena, nos proporcionó un cúmulo de obras que, además de suponer una aportación inestimable para el conocimiento de las culturas prehispánicas, planteó una cuestión vital: la incorporación de América a la Historia Universal. Los europeos entraron en contacto con nuevas tierras y nuevas gentes, lo que puso en duda buena parte de sus ideas sobre la geografía, la historia, la teología y la naturaleza del hombre. Los estudios de fray Bernardino de Sahagún, de Diego de Landa, de Alonso de Zorita y de tantos otros, sentaron las bases de algo que cuatrocientos años después sería conocido como antropología. El impacto del Nuevo Mundo en Europa fue muy grande, desbordaba sus esquemas y abría nuevas puertas a la fantasía y la especulación. Sin embargo, este interés no tuvo una justa correspondencia con el número de libros publicados. Durante todo el siglo XVI y parte del XVII las obras sobre África o Asia fueron más numerosas, e incluso los más importantes historiadores europeos de la época ignoraron la riquísima información existente sobre el Nuevo Continente. El propio Emperador Carlos, que tanto debió a la empresa americana, no se refiere a ella ni una sola vez a lo largo de sus memorias.

A medida que los españoles se iban extendiendo por el continente, numerosas producciones procedentes de los diversos reinos de la naturaleza

fueron llegando a España. Entre ellas había plantas, animales, minerales y, lo que a nosotros más nos interesa, objetos manufacturados por los pueblos indígenas. Desgraciadamente, en su inmensa mayoría no han llegado hasta nosotros, pero contamos con algunas descripciones de estos envíos. Parte los entregó Moctezuma a Hernán Cortés en 1519 y parte constituyó el botín de guerra que las tropas españolas sacaron de Tenochtitlán en la llamada "Noche Triste". Bernal Díaz del Castillo (1955:172), que fue compañero de Cortés, nos dice que se trataba "de un sol de oro, una luna de plata, un casco lleno de oro, muchas joyas en forma de animales, collares, arcos, flechas y varas, todo en oro". Este tesoro lo remitió Cortés al Emperador y, una vez en España, fue expuesto en Toledo y Valladolid, antes de salir hacia los Países Bajos, donde el pintor Durero pudo contemplarlo. Sabemos muy poco acerca de los criterios empleados para exponer estos objetos, aunque lo natural es que su rareza, novedad y la abundancia de metales nobles, fueran los más utilizados. Su exhibición no debió diferir mucho de las llamadas "Galerías de las Maravillas", que habían caracterizado el interés europeo durante la Edad Media y los comienzos del Renacimiento. La lista de objetos regalados al rey (Cabello, 1989: 25) totalizaba 722 piezas, de las que 419 eran de oro total o parcialmente. Si consideramos el grave endeudamiento del Emperador, es fácil comprender que el destino de la práctica totalidad de estas piezas fue la fundición.

Además de estas colecciones reales, a medida que fueron pasando los años y las colonias americanas se fueron consolidando, el flujo de materiales hacia España se incrementó, lo que trajo consigo que algunos coleccionistas particulares se interesaran por ellos. Personajes de relevancia en la vida cortesana se hicieron con objetos precolombinos. Entre ellos merece la pena destacar a Diego Hurtado de Mendoza, al Conde de Guimerá, al Príncipe de Esquilache y al gran coleccionista Vicencio Juan de Lastanosa. Probablemente muchas de estas antigüedades americanas se encuentran hoy en colecciones particulares que desconocemos, pero lo más probable es que la mayoría se hayan perdido.

Una valoración del coleccionismo de estos siglos se encuentra con varias dificultades. La primera radica en la contradicción que supuso, por un lado, la enorme riqueza teórica que suscitó la conquista y, por otro, la ausencia casi absoluta de materiales de esta época que han llegado hasta nosotros. La segunda y quizá la más importante, parte de la propia mentalidad de los europeos. Cuando llegaron a América ya venían condicionados de antemano. Veían lo que querían ver e ignoraban el resto. Para ellos el Nuevo Mundo era una oportunidad de comprobar si verdaderamente estaban en lo cierto, si las cosas eran como ellos pensaban. Proyectaron su mentalidad sobre una realidad que muy poco tenía que ver con la suya y la interpretaron lo mejor que pudieron. Aunque esta primera etapa la caracterizó, sin duda, un marcado interés por todo lo nuevo, sin embargo los resultados no estuvieron a la altura de las circunstancias.

Estos problemas hicieron prácticamente inviable una recogida de materiales sistemática y objetiva y, lo que fue peor, reforzaron una concepción sobre lo indígena que en nada favoreció la aproximación y el entendimiento entre los dos mundos.

3. EL SIGLO DE LAS LUCES

Durante el siglo XVIII el interés por lo exótico y lejano también iba a tener mucha importancia, pero ahora las circunstancias habían variado mucho respecto a los siglos anteriores. El mundo ya no era algo mágico, susceptible de numerosas interpretaciones, sino algo conocido y abarcable por el hombre. Durante el llamado siglo de "las luces" las ciencias experimentarían un cambio radical y el racionalismo se convertiría en el fundamento de todas sus manifestaciones. Como afirma Fermín del Pino (1990:31), la ciencia no siempre se ha visto de la misma forma y, por tanto, la política científica tampoco. Durante este siglo los cambios fueron cualitativos y cuantitativos, girando en torno al concepto de "utilidad científica". En España, con la llegada de los Borbones, el país trataba de salir del aislacionismo político mediante una revitalización económica y una modernización de sus estructuras.

Los primeros cambios se materializaron en la creación de la Real Academia de la Lengua y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Centrada esta última en la defensa del patrimonio histórico y cultural de la nación, asumió muy pronto la importante tarea de confeccionar un inventario de los bienes existentes y un cuerpo legal capaz de dar cobertura a la nueva política cultural.

Con la subida al trono de Carlos III, el coleccionismo alcanzó su mejor momento. Se cursaron instrucciones a las colonias americanas para recoger una muestra seleccionada de todo tipo de materiales, incluido el indígena, y se auspiciaron varias expediciones científicas que tuvieron como resultado el envío a la península de materiales pertenecientes tanto al mundo de las ciencias naturales como sociales. En este contexto se creó en 1771 el Real Gabinete de Historia Natural, sucesor del que ya existía desde 1753, que fue abierto oficialmente en 1776 bajo la dirección de Pedro Franco Dávila. El Gabinete se estructuró de acuerdo con la concepción amplia que el enciclopedismo otorgaba a la ciencia. En él se expusieron materiales zoológicos, minerales, fósiles, etnográficos, así como las antigüedades americanas, egipcias y romanas. Se confeccionó el primer catálogo de las piezas americanas y el propio director elaboró unas instrucciones para la recogida de materiales en ultramar.

La expedición más importante fue la de Alejandro Malaspina, pero curiosamente no envió más que una pequeña colección de vasos peruanos, hoy

en el Museo de América. La expedición de Ruiz y Pavón fue mucho más fructífera. Enviaron varios cajones con material etnográfico y arqueológico, aunque desgraciadamente la pérdida de algunas etiquetas han hecho que la identificación de muchos objetos sea imposible (Cabello Carro, 1989: 63-65).

Las órdenes de acopio enviadas a América por la Corona tuvieron dos consecuencias de gran interés, que han reportado al Museo de América dos de sus colecciones más interesantes.

Se trata de las "excavaciones" realizadas en Perú por el obispo Baltasar Martínez Compañón y en México por el capitán Antonio del Río. La primera tuvo lugar en los alrededores de Trujillo (Perú) y la segunda en la ciudad maya de Palenque (México). En las instrucciones redactadas por el visitador Juan Bautista Muñoz, para las excavaciones de Palenque, podemos detectar el cambio habido en los criterios de recogida: "dibujar e inspeccionar todas las estatuas, con sus trajes, calzados y adornos, y examinar a fondo las lápidas, inscripciones, motes y escudos, para discernir si tienen caracteres jeroglíficos..., sacando también de los sitios en que se hallen algunas que parezcan más demostrativas del objeto, a fin de devastarlas con cuidado y hacerlas portátiles y tratar su remisión a esta capital, defendiéndolas para que no se deterioren las divisas." La pena es que este sentido "moderno" de la recogida de datos no tuviera su correspondencia con algunos funcionarios reales. En una carta del Gobernador Intendente de Trujillo (Perú), referente al envío de un cajón con piezas precolombinas, dice: "contiene diferentes especies fabricadas por unas personas que carecen de toda instrucción y que no tienen más luces que las que les dicta la propia razón natural". Como se puede apreciar en esta afirmación, la concepción paternalista de la ilustración con respecto a los "primitivos", no veía en ellos más que una fuente de información sobre el pasado del hombre. Para el científico ilustrado los indígenas americanos eran la prueba irrefutable de que, en un pasado remoto, los hombres habían sido niños.

Partiendo de estas afirmaciones podemos hacernos una idea de las limitaciones de la ilustración al abordar estos estudios. El siglo XVIII fue muy fructífero en lo relativo al coleccionismo americano, pero al igual que en otras épocas, la recogida de materiales, su clasificación y catalogación, estuvieron sujetas a determinados intereses científicos y políticos. Aun así, sus aportaciones fueron de tal magnitud que sería injusto no valorarlo en su conjunto de forma muy positiva. Por primera vez se procedió a una recogida sistemática de materiales arqueológicos y, lo que es más importante, fueron estudiados de acuerdo con un cuerpo teórico que intentaba integrar la historia indígena americana dentro de la historia universal del hombre. De esta forma, algo que hasta entonces había permanecido aislado, se convertía en una contribución más para comprender nuestro pasado. Naturalmente esta incorporación no se realizó en un plano de igualdad. Los científicos habían

elaborado una secuencia histórica donde los pueblos americanos ocupaban un lugar muy pequeño, pero al menos era un lugar.

4. EL SIGLO XIX

Varios acontecimientos de gran importancia iban a convertir este siglo en uno de los más controvertidos para el americanismo español. El primero de ellos fue la independencia de las antiguas colonias y la formación de los estados nacionales americanos. Este proceso, que supuso un duro trauma para la Metrópoli, favoreció un distanciamiento muy beneficioso en algunos aspectos. Por primera vez y después de trescientos años, los españoles se veían obligados a pensar en América como en algo autónomo que tenía su propia identidad, y fue precisamente esa nueva situación la que les permitió hacer una valoración distinta. Otro factor a considerar fue el enorme impulso que las ciencias sociales experimentaron durante la segunda mitad del siglo. Los trabajos de Spencer y Darwin situaron el estudio del hombre en una nueva dimensión, propiciando la aparición de la antropología como ciencia independiente. Morgan y Tylor desarrollaron el estudio diacrónico de la sociedad a partir de las nuevas tendencias y, por primera vez en muchos siglos, la ciencia occidental se encontró en disposición de abordar el conocimiento de otras sociedades de una forma más sistemática y objetiva. Fue una época de pioneros donde todo era susceptible de un nuevo análisis y donde la proximidad con la sociedad era mucho mayor. Las disputas entre los investigadores eran seguidas con apasionamiento por un público ávido de nuevas sensaciones. Como antes había ocurrido durante el Renacimiento, la ciencia dejaba de ser algo etéreo para convertirse en parte integrante de la vida cotidiana. Había que volver a reelaborar el mundo y nadie estaba dispuesto a perderselo.

España, que después de las guerras napoleónicas había vivido una etapa oscurantista bajo el reinado de Fernando VII, comenzaba a despertar de su letargo. En 1858 un grupo de personalidades dedicadas a la investigación y la política, comprendieron la necesidad de confeccionar un catálogo de todas las colecciones artísticas, históricas y etnográficas que por aquel entonces se encontraban en un penoso estado de abandono. La tarea le fue encomendada a Florencio Janer que tuvo que enfrentarse con el estudio y catalogación de casi tres mil objetos (1860). Los ordenó en tres grandes secciones: antigüedades, donde se agrupaban los materiales griegos, romanos, etc.; objetos asiáticos; e histórico-etnográfica, que incluía los materiales de América y Oceanía. Teniendo en cuenta el conocimiento de las culturas americanas que se tenía por aquel entonces, hay que admitir que la labor de Janer fue inmejorable. Organizó los materiales americanos como una unidad, utilizan-

do para agruparlos el criterio de su función aparente, y realizó un trabajo taxonómico muy meritorio.

En 1867 se dispuso que las colecciones arqueológicas, entre las que se encontraban las americanas, pasaran a ocupar un edificio independiente, naciendo así el Museo Arqueológico Nacional, donde a partir de 1895 –fecha en que se inauguró definitivamente– hubo una sección de Etnografía.

La inclusión de una Comisión Científica en la escuadra que entre 1862 y 1866 recorrió las costas del Pacífico Sudamericano, y dos grandes exposiciones celebradas en 1881 y 1892, fueron los acontecimientos que definieron el coleccionismo americano de este siglo. De la Expedición al Pacífico se recogieron numerosos objetos arqueológicos de la zona andina, conforme a los criterios de acopio que se habían establecido por el equipo multidisciplinar de investigadores que componían la Comisión. En 1881, con motivo de la celebración en Madrid del Congreso Internacional de Americanistas, tuvo lugar una gran exposición, que puso de manifiesto la inexistencia de criterios apropiados. Se organizó agrupando los materiales por grandes áreas geográfico-culturales y de acuerdo con una estricta disposición cronológica, pero tal fue el caos resultante que la comisión organizadora no se atrevió a publicar un catálogo. Este problema se volvió a plantear en 1892 cuando, con motivo del 400 aniversario del Descubrimiento de América, se volvió a organizar una magna exposición de materiales americanos, aunque esta vez zanjaron la cuestión prescindiendo de los objetos precolombinos. Otros países participantes en la exposición (Ecuador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia y Perú) optaron por materiales arqueológicos, y una vez clausurada, donaron al estado español algunas colecciones que ahora se encuentran en el Museo de América.

A pesar de todas estas aportaciones, el americanismo español no avanzó gran cosa. Resulta bastante triste comprobar lo poco que la antropología científica, que por aquel entonces se afianzaba en Europa y América, había influido en los planteamientos de los investigadores españoles. En un artículo de 1898 (pag. 97-101), Ángel de Gorostizaga, jefe de la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional, hablando de los quimbayas, llega a conclusiones tan peregrinas como: “que no tenían creencia alguna en materia de religión positiva; que eran supersticiosos como el resto de las razas primitivas americanas; que como culto sólo practicaban el sacrificio humano; y que se trataba de un pueblo rudimentario, incauto, que vivía en estado semi-salvaje y ocupaba todo su tiempo en danzas y músicas desagradables”. En cuento a los criterios de clasificación no se llegó más allá de agrupar los objetos por los materiales en que estaban realizados (barro, plata, etc.) y las descripciones se limitaron a destacar en los objetos sus características más evidentes (Donación 1893). El siglo XIX podría considerarse como el vivo ejemplo de una postura consustancial al coleccionismo americano en España,

que resumida en pocas palabras sería algo así como: mucho ruido y pocas nueces.

5. EL SIGLO XX

Siguiendo la tónica general del americanismo español, el siglo que estamos a punto de concluir, se ha caracterizado por varios intentos muy ambiciosos que no han conseguido materializarse en algo positivo. La década de los años 20 comenzó con algunas reflexiones sobre el americanismo del siglo precedente. En un documento manuscrito del Museo Arqueológico Nacional (*Hispano-Americanismo práctico*, 1923) puede leerse lo siguiente: "Hubo un momento en el que parecía que iba a alcanzarse en España el estudio de la Arqueología Americana; fue con motivo de la Exposición Hispanoamericana de 1893. Entonces se recogieron algunos objetos y se escribieron numerosos artículos en revistas españolas, pero no pasó de ser un ensayo más". Más adelante afirma algo que podría aplicarse perfectamente a la situación actual: "Siendo el espíritu de estas sociedades —las dedicadas a fomentar la unión espiritual de España y América Latina— más retórico que práctico, se ha limitado su actuación a conmemorar los aniversarios más salientes de la Historia de América, pero no han estudiado sus problemas pasados ni presentes". El anónimo autor achaca esta situación al desinterés de los arqueólogos españoles por la historia americana, a que se perdiera la tradición de los antiguos historiadores de Indias y a que durante la época colonial no se creara un Museo Americano.

La donación de la magnífica colección de arqueología peruana de Juan Larrea y la creación en 1935 de la Asociación de Amigos de la Arqueología Americana, hizo posible que el gobierno de la República fundara en 1936 el Museo-Biblioteca de Indias, proyecto muy ambicioso que el estallido de la guerra civil (1936-1939) impidió llevar a cabo. Una vez finalizada la contienda, el gobierno militar dictó un decreto en mayo de 1941 por el que se creaba un Museo de América. El diseño de lo que sería el nuevo Museo lo hizo Manuel Ballesteros-Gaibrois en un artículo aparecido el mismo año. Dejando a un lado el contexto político que rodeó la fundación, muchas de las reflexiones de Ballesteros podrían ser suscritas hoy. Concebía el Museo no como un almacén de objetos gloriosos, sino como un centro científico y docente, a la manera de los museos histórico-etnográficos que por aquel entonces se estaban creando en todo el mundo. Los objetivos del centro incluían, además de la creación de una Sociedad de Amigos del Museo, un programa de exploraciones y excavaciones en territorio americano. La ordenación de las salas se proyectó de una forma bastante tradicional: un orden geográfico que agruparía los materiales por grandes áreas geográficas; uno cronológico; y

otro monográfico donde se incluirían salas dedicadas a la música, la industria, etc. Naturalmente este programa nunca se realizó. Las obras del nuevo Museo se iniciaron en 1943 y no terminaron hasta 1954. Cuando se consiguió inaugurarlo en 1965, sólo se pudo ocupar una pequeña parte del edificio, donde fueron instalados los fondos americanos procedentes del Museo Arqueológico Nacional. Una vez terminado el montaje, los resultados no tenían nada que ver con el ambicioso proyecto de Ballesteros. En 1981 el museo fue cerrado para proceder a la rehabilitación del edificio y a un nuevo montaje, proceso en el que estamos inmersos y que ha terminado con la inauguración del Museo en octubre de 1994.

6. CONCLUSIONES

Como hemos visto a lo largo de la comunicación, la historia del coleccionismo americano en España, aun dentro de la variedad que le otorga su profundidad histórica, ha padecido siempre de las mismas enfermedades. La primera de ellas ha sido el desinterés hacia la historia precolombina. Un desinterés que se ha reflejado, sobre todo, en la forma de conseguir colecciones que, lejos de responder a una política planificada y coherente, se ha llevado a cabo siguiendo las muy respetables normas de la improvisación. Esto ha hecho que la representación de las culturas americanas, a través de los materiales, no guarde ningún equilibrio. Las circunstancias han llevado a que las colecciones sobre el área nuclear andina sean muy superiores a las de mesoamérica. Este problema se ha intentado solucionar durante los últimos años, pero las deficiencias de tantos siglos son muy difíciles de eliminar en tan poco tiempo.

Aunque parezca contradictorio, el interés por lo americano ha sido la otra gran enfermedad. Siempre que hemos vuelto la mirada hacia América —lo que, considerando nuestra intensa relación emotiva, hemos hecho con frecuencia— ha sido para darnos cuenta de que habíamos perdido el último tren. Nunca hemos sido capaces de aprovechar conmemoraciones y efemérides para recuperar con América aquella magnífica relación que tuvimos siglos atrás, y nos hemos limitado a practicar una política científica demagógica y triunfalista. Lógicamente, todas estas circunstancias han repercutido en la formación de los fondos arqueológicos del Museo de América que, a pesar de todo, son de tanta calidad, que sólo son superados por los de los propios países americanos.

Las variaciones históricas en los planteamientos científicos, aunque nunca podrían ser consideradas como una enfermedad, también han impedido que la recogida de materiales americanos se ajustara a las necesidades reales de nuestro coleccionismo. Todo lo expuesto nos lleva a afirmar que el colec-

cionismo americano en España, y nos atreveríamos a afirmar que en todo el mundo, ha sido y sigue siendo una historia de sesgos y contradicciones; un claro ejemplo de nuestra incapacidad para conocer cualquier otra cultura que no sea la nuestra, un despropósito que podría definirse con el título que el gran dramaturgo italiano Luigi Pirandello utilizó para una de sus obras más conocidas: "Así es, si así os parece".

6. BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel (1941): "Museología Española". *Revista de Indias*, número 5, Madrid.
- CABELLO CARRO, Paz (1989): *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1955): *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Espasa Calpe, Madrid.
- DEL PINO DÍAZ, Fermín (1990): "Utilidad y Honor Nacional en la política científica Ilustrada". En *Ciencia, Técnica y Estado en la España Ilustrada*, pp. 31-43. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- GOROSTIZAGA, Ángel de (1898): "Tesoro de los Quimbayas". En *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Tomo II, Madrid.
- HISPANO-AMERICANISMO (1923) ...Práctico. D. Rafael Larco Herrera.
- JANER, Florencio (1860): *Historia, descripción y catálogo de las colecciones histórico etnográficas, curiosidades diversas y antigüedades conservadas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid*. Manuscrito, Museo de América. Madrid.

